

Proust, Arnoux se condensa: sugiere donde el otro explica. ¡Qué vocabulario más distinto también! Mas aquí sucede al revés: es Arnoux quien se excede en el número de palabras (usa con verdadero rebuscamiento los términos correspondientes a cada objeto, propios de cada profesión, etc.). Es imposible leerlo sin estar abriendo continuamente el diccionario. En cambio con Proust, si bien nos hace trabajar para comprender su pensamiento, qué fáciles nos resultan sus palabras. Son las más usuales siempre. Proust me parece en este sentido superior. Ha elegido la mejor parte. El escollo de Arnoux es, tal vez, este excesivo rebuscamiento de términos. Pinta nombrando directamente las cosas; Proust explicándolas.

Para dar una impresión sobre sus respectivas «maneras» sólo podría decir que Proust me hace el efecto de un pintor que hubiese adquirido el arte de descomponer los colores y sus matices conocidos, multiplicándolos al infinito. Un color no es nunca tal para él: es una posibilidad de innumerables transiciones y nunca se sabría asegurar cuando empieza y cuando termina.

Arnoux es un pintor que, mediante una química imaginaria, ha producido con el tiempo y el espacio nuevos cuerpos de colores que realizan también la óptica de una cuarta dimensión.
—MAGDALENA PETIT. ✓

Nota.—En este artículo me refiero principalmente al primer cuento de Arnoux en *Ecoute s'il pleut*: «Grimaud Vanvole, maître du temps».

Noche californiana

LA noche que llegué a Stanford se celebró una fiesta española al aire libre, bajo el firmamento y sin más artificio que el de los reflectores eléctricos que suplían a la luna cuando ésta, rebelde al programa, se hacía esperar o se ocultaba inoportunamente detrás de las gasas de un cielo profundo, inmenso, tranquilo. Más de un millar de invitados habían acudido al llamado de la Universidad. El tazón iluminado de la fuente derramaba cristales rumorosos, deshechos e indefinidamente renovados; en derredor, las arcadas castizas fingían ancha plaza; no bastaban los bancos profusa-

mente alineados para acomodar a todos los visitantes que desbordaron por corredores y portales. En frente, una fachada como de iglesia mexicana, ofrecía el resplandor elegante de un barroco sobriamente imitado por algún arquitecto yanqui. De un balcón central penden sedas; por los dos costados hay un remate que simula campanario y abajo se extiende un atrio respaldado de tres puertas en arco de medio punto.

A título de recién llegado, ocupé la primera fila, al lado del jefe de la sesión, y casi en punto de la hora anunciada, apareció en el atrio que hacía veces de escena, la señorita Luisa Espinel, sola en el programa a excepción de las fragancias nocturnas, las colgaduras de seda, la luna y las estrellas. . . . «Quiero cantar, había dicho la joven a un diario, en un jardín, bajo el cielo nocturno, despejado. . . .»

Vestía la señorita Espinel a la asturiana, andaba con mucha soltura y se veía morena. «Es mexicana», me dije en seguida y lo confirmaban sus ojos oscuros, profundos como los milenios de la América indígena y hermosos, pero con hermosura distinta de la andaluza. Singular extrañeza me causó oírla hablar en un inglés tan perfecto que en seguida pensé: «Va a destrozar el español con ese acento inglesado tan impropio en gente de raza hispánica», y como ya me había provisto de resignación para las dos horas de aburrimiento que suelen darnos espectáculos parecidos, aprovechando la poca luz, entrecerré los ojos primero y después los levanté al espacio, dispuesto a poner el pensamiento en las estrellas que arriba, lentamente, rodaban.

Ignoraba que a semejanza de las sirenas la señorita Espinel tiene en la voz el secreto de la fascinación. Y nada hay más peligroso que los sones y embelesos del canto. Y sucedió que como el grato irresistible golpear de un surtidor se nos vertían en la conciencia las palabras del relato en que la artista nos daba con ingenua precisión todas las circunstancias de su arte. Después de concluida su educación en un colegio católico californiano, cuatro años bajo la dirección de buenos maestros recorriendo distintas regiones de España y luego la dirección del profesor Espinosa, de Stanford, quizá el primer folklorista castellano. Primero en su prólogo y luego antes de cada canción, la señorita Espinel traduce cuanto es posible traducir a su público inglés y además explica, sitúa en tiempo y lugar sus diferentes motivos y los juzga con ligereza y acierto, con gracia y buen gusto, libre totalmente de la pesadez erudita. Asombra ver cómo alcanza casi tanto éxito en la explicación como en la canción. Primero canta un romance asturiano del Lindo

Amigo, luego una muñeira gallega seguida de los Pastores de Castilla. Dice bellamente pronunciando cada sílaba; su entonación es emocionada y logra revivir el tono de cada región. Algunas canciones las acompaña de pasos de baile o de acción discreta, graciosa, espontánea.

Vuelve a disertar. Su tesis de que las canciones del norte de España son más bellas que esas otras que de tanto circular han venido a convertirse en la españolada, que algunos eruditos quisieran extirpar, no convence, porque a ella se oponen genios como el de Amalia Molina. Sin embargo, el talento de la señorita Espinel salva todo lo que toca y logra arrancar aplausos; el público empieza a interesarse; parecía que todos comenzábamos a abrir los ojos delante de la sorpresa de una velada realmente prometedor.

Después de breve intervalo reaparece luciendo traje valenciano vistoso; baila una jota refrenándole el ímpetu para evitar la fatiga de la voz, y luego, a propósito de un canto de trilladores, nos diserta sobre el rancio hábito hispánico de acompañar las tareas manuales con alguna canción o con un son; hábito probablemente morisco, presumo yo recordando una de las más lindas canciones que he oído en mi vida: la suerte de letanía que entonaba un botero musulmán que transporta viajeros de uno a otro lado del Nilo, en Luxor: «Alá Uno, Alá Misericordioso, Alá Poderoso, Alá Uno», y así, entre recitando y cantando se acompaña del golpe de sus remos, mientras los dientes blancos le brillan bajo la piel morena y una fresca sonrisa pone fragancia en la mañana clara, calurosa, deslumbrante.

Siglos de faena y de esperanza resucitan en el canto de los trilladores de la Espinel, que en seguida anuncia que va a cantar desde el balcón el canto del sereno. Explica primero los antiguos deberes del guardián, vigilar por la seguridad de los vecinos y darles la hora y el tiempo; así, por ejemplo, anuncia en algunos pueblos del Sur de España: son las once y llueve; son las diez y hay luna. También entre nosotros en México, por los lugares castizos, Oaxaca y Puebla, cantó así la Colonia, en aquel florecer civilizado extinguido por la brutalidad de la República; en aquellos días magníficos el ritmo mismo de la vida se expresaba en canciones.... La artista aparece en el balcón envuelta en los halos de los reflectores, levanta la mano como en una invocación y aún con voz conmovida; con voz antigua renovada en su juventud: «Alabado sea el Santísimo Sacramento», y su grito de mágica melodía sacude las almas y se hunde en un espacio sin tiempo. Pasa una extraña emoción

de despedida o de funerales, se recuerda una gran cultura extinta, una gran raza que de pronto perdió el poder. . . . Alabado repite la cantadora y la España grande se despide en la voz indígena de la artista californiana, pero no se sabe bien si se trata de una despedida final o de un anuncio de lo que ha de volver.

Nuestra Madre Patria, había dicho la californiana en puro inglés a su auditorio anglo-sajón, nuestra Madre Patria es España. «¿Y México, me ha dicho un compatriota que estaba en el público, por qué no se ha acordado de México, si ella parece ser más mexicana que española?» De pronto yo no supe qué contestar, pero después a propósito de asunto diverso, me dijo un californiano autóctono: «Mis padres españoles vinieron unos por Nueva Orleans y otros pasando por México»; pero lo propiamente mexicano casi no existe para estos californianos que se llaman a sí mismos latinos para diferenciarse de sus compatriotas anglo-sajones. Por otra parte, pensé con cierta amargura: ¿Qué razón habría para que fuesen devotos de México si no fuese por la común tradición española? ¿De qué don podrían hacer gala los mexicanistas anti-españolizantes, de los atropellos de Santa Ana y demás caudillitos viejos y modernos? ¿Pues qué otra cosa dió México a estas regiones en el medio siglo de su dominación militarista? Generales entonces y generales hoy como los que han venido explotando a la pobre martirizada y despoblada Baja California. En cambio ¿les hemos mandado alguna vez a estos hermanos nuestros algún implemento de trabajo, alguna idea, siquiera alguna canción? Casi nada de esto vino por acá ni cuando éramos aztecas, ni después de que terminamos de ser españoles. Nada les mandamos aparte de ejércitos que consumaran brutales castigos y ahora mismo en estas ciudades sólo se sabe del general que viene por aquí a esconder lo robado. ¿Cómo, pues, vamos a tener derecho de enfadarnos porque no se ufanan los californianos de su extinguida mexicanía, pero sí se apegan patrióticamente a lo español? Natural es por lo mismo que en sus horas de angustias hayan vuelto los californianos el corazón todo entero, no a México por quien perdieron patria y destino, sino a España, por quien poseen y conservan alma.

La tercera parte del programa, quizá la más hermosa, se dedicó al repertorio californiano, heroicamente reconstituido por los empeños del profesor Espinosa. El romance de Elena es una de esas canciones que bastan para hacer la reputación de una artista; en su desempeño, la señorita Espinel fascina, conmueve, deslumbra.

Aguja de oro, dedal de plata, si la Espinel cose es muy bello coser; si la Espinel canta, el canto es como chorro de alegría; si la Espinel danza, el anhelo se siente colmado. Sublime conjuro capaz de reanimar una momia; súbita pasión quisiera lanzarse a la absurda aventura de amor, dicha infinita, furia eterna que en un instante consume un destino y luego añoranza y olvido y llanto y misterio, ríos de llanto, entre las sombras del jardín.

De pronto vi que la Espinel, transfigurada, recorría la América, recorría la América de uno a otro confín, renovando el alma de España en todos sus hijos de vario color de una estirpe inmortal. Sacerdotisa de España reencarnada en América desde la California perdida, hasta la Patagonia aun no ocupada. Lo que Berta Singerman para el recitado, puede llegar a ser la Espinel en la canción. Sola ella manejando, conmoviendo públicos. Alba de esperanza; clamor de victorias remotas. Destello, fulgor.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Divagaciones alrededor de la poesía

I. LA POESÍA

ECHARSE a buscar en los libros una definición exacta de la poesía es tarea larga y seguramente inútil. Hasta ahora no se ha hecho más que divagar alrededor de la poesía, pero como toda divagación es, más o menos, una tentativa de interpretar el objeto sobre el cual se divaga, toda divagación es provechosa. Al decir poesía quiero decir sólo poesía en su esencia, en su pristinidad. No hablo de la obra poética, sino del impulso que crea la obra poética y del origen de este impulso. Tampoco me refiero a lo ingenioso, a lo razonable, a lo didáctico, a lo anecdótico, a lo social, a lo higiénico o a lo moral. La poesía, como creación pura, es independiente de todo eso.

Para definir o explicar esa poesía a que me refiero y que es la única que puede interesar a los artistas, no existe ninguna frase, ningún pensamiento decisivo. Los poetas, los sabios, los filósofos, los críticos, han escrito muchas páginas, sin lograr ponerse de acuerdo. Además existe una dificultad para interpretar el fenómeno intrínseco de la poesía: es el precon-